

ÍMPERIO ESPAÑOL

sin complejos

Marcos López Herrador

SEKOTIA



PRÓLOGO	9
PRIMERA PARTE	
Una visión general de la Historia de España	13
SEGUNDA PARTE	
Descubrimiento y conquista	43
<i>Tropezar con un continente</i>	45
<i>Genocidas</i>	51
<i>La conquista como cuestión de orden moral</i>	58
<i>Conquistando imperios</i> :.....	65
<i>La conquista del Imperio azteca</i>	67
<i>La conquista del Imperio inca</i>	87
<i>Conquistas en el Pacífico y Asia</i>	100
<i>Plus Ultra</i>	103
TERCERA PARTE	
Hegemonía e imperio.....	109
CUARTA PARTE	
Decadencia y pérdida.....	131
CONCLUSIÓN	
Bibliografía.....	172

Prólogo

Quizás al hojear las páginas de *Imperio Español sin complejos* se pregunte usted, amigo lector, “¿otro libro sobre la Leyenda Negra?”. Pues sí, otro, y los que vengan, hasta que con ellos podamos rodear el pantano de mentiras en que nos hundimos y desecarlo. ¿Ya no recuerda cuando en las librerías y las bibliotecas sólo encontraba libros, escritos tanto por autores nacionales como por extranjeros, sobre la maldad, la avaricia, el embrutecimiento y la estupidez de los españoles? Éstas eran las ideas que transmitían:

— ¡Qué a gusto vivían en al-Ándalus musulmanes, cristianos y judíos, sin discutir siquiera sobre las preferencias de paso en las calles de Córdoba!

— América era un vergel hasta la llegada de los conquistadores, que lo destruyeron todo para obtener oro.

— Menuda desgracia fue que en España no tuviéramos un Lutero, un Kant o un Robespierre, que nos habrían civilizado a modo.

— Pueblo fanático que acaudillado por frailes y arrieros expulsó a los franceses ilustrados.

— Español y ciencia son conceptos excluyentes.

Por fortuna, gracias al trabajo y al ánimo de un puñado de compatriotas y también de autores americanos, este discurso pesimista y esterilizador, empieza a ser superado en las mesas de novedades de las librerías. Incluso en las aulas universitarias, que es donde resistirá más tiempo, acabará desmoronándose.

Marcos López Herrador ha reunido un arsenal de datos y argumentos y Humberto Pérez-Tome, el editor, los ha presentado en un formato y estilo adecuados para quienes carecen de ese tiempo que, en cruel paradoja, se ha convertido en nuestra sociedad mecanizada y digitalizada en un bien escaso. Imperio Español sin complejos se puede leer en el metro, en el autobús o en una sala de espera, en vez de dedicarse a meter los ojos en la pantalla del móvil. En vez de oponerse a los hábitos de la vida actual, aprovecharlos para hacer buenas obras y ganar las batallas culturales, que son el clavo del cuento por el que se perdió una herradura que llevó a perder un reino. El mejor elogio que puedo hacer de este libro es que le aseguro que, después de leerlo, usted querrá saber más de Imperio español.

Pedro F. Barbadillo

PRIMERA PARTE

UNA VISIÓN GENERAL DE LA
HISTORIA DE ESPAÑA

Todo lo que se supone que debemos odiar

y

Por qué solo existe la Leyenda Negra de España

El periodo comprendido entre el final del siglo XV y final del XIX marca una de las épocas más brillantes de la Historia de España. Es la época que abarca desde el descubrimiento de América, al desastre del 98, con la pérdida de Cuba y Filipinas.

Se trata de un momento fundamental de nuestra Historia, porque los hechos ocurridos en el transcurso de estos siglos convirtieron a España en la nación más poderosa de su época, otorgándole un papel que le permitió construir el mundo tal y como lo conocemos, al llevar la cultura occidental y cristiana hasta los últimos confines del planeta.

Esa posición alcanzada de potencia mundial dominante provocó, como no podía resultar de otro modo, gravísimos conflictos de intereses, envidias y rivalidades por parte de otras potencias europeas que ni de lejos podían acercarse al poder que España llegó a ostentar en el mundo de entonces. Ninguna pudo hacerle sombra, pero en conjunto formaron un coro que con el tiempo supo mermar la fuerza y el prestigio del mayor poder mundial que vieron los tiempos.

Aquellas rivalidades y envidias supieron crear un clima de hispanofobia, al que contribuyó de manera decisiva la llamada Leyenda Negra, para cuya elaboración, aunque cueste creerlo contribuyeron decisivamente algunos españoles destacados, cuyo esfuerzo debió dedicarse a mejor causa.

Que un poder mundial sea odiado, que tenga enemigos, y enemigos poderosos, no es novedad; es más, forma parte del orden natural de las cosas, dado que todos los grandes imperios, todos los grandes poderes mundiales habidos a lo largo de la Historia, han tenido grandes enemigos y la inquina de cuantos no podían estar a su altura. Lo que resulta asombroso y no tiene parangón en pueblo alguno de la tierra, es que los mismos miembros del pueblo atacado, calumniado y denigrado hagan suyo el mensaje de sus enemigos y sean los primeros en apoyarlo y difundirlo. Y no solo eso, sino que asuman ese relato hasta el punto de que mantener semejante posición se convierta en el signo que atribuye legitimidad ideológica, marchamo de auténtico intelectual y verdadero sello de modernidad y progresismo.

Todos los grandes imperios hegemónicos, que a lo largo de la historia han surgido, han tenido su leyenda negra como reacción lógica de los adversarios o los vencidos que no pueden ver con buenos ojos a la potencia que les somete o les combate. El hecho de que, en el caso de España, se haya mantenido con tal persistencia en el tiempo es casi seguro que se deba no solo a la conveniencia de nuestros adversarios, que además se encuentran con la propaganda resuelta, sino al hecho de que una gran cantidad de españoles asuman esa propaganda negativa como cierta y dogma de fe.

Causa estupor que el pueblo así atacado destine inmensos recursos y todo su esfuerzo para que, a través de sus intelectuales llamados progresistas, únicos a los que el sistema hegemónico establecido permite ser influyentes, un mensaje denigratorio como este, sobre nuestra propia Historia, sea difundido y consolidado, mientras se considera a todo el que sostenga otra cosa o la contraria como reaccionario y sea condenado a las tinieblas del sistema.

Ciertamente, toda situación tiene su causa, y conocer la razón de que ocurra cuanto expongo no resulta nada fácil. Personalmente he tratado de encontrar el origen de este problema y en alguno de mis trabajos he llegado a hablar de los afrancesados de principios del siglo XIX, como raíz del mismo, pero recientemente, ha aparecido un nuevo libro de María Elvira Roca Barea, con el título de “Fracasología”, en el que con acierto esclarecedor y gran solvencia crítica, sitúa la raíz del problema a principios del siglo XVIII, cuando tras la Guerra de Sucesión, son derrotados los Habsburgo y es elevado al trono de España Felipe V, rey borbón y nieto de Luis XIV de Francia.

Sostiene esta excelente autora que todo nuevo poder necesita afianzarse, y para lograrlo le resulta imprescindible arrinconar a todos los que han servido al antiguo. Lo antiguo debe pasar a ser considerado como caduco viejo errado e inservible, y lo nuevo como la salvación el remedio, las necesarias reformas y la modernidad. La gente que ha servido al anterior régimen ha de perder posición, estatus y privilegios en favor de nuevos grupos de poder que obtendrán su puesto en el nuevo régimen defendiendo todo lo francés y asumiendo y proclamando que todo lo anterior al reinado de Felipe V, era un desastre, un imperio fracasado, atrasado, decadente y arruinado. A partir de este punto, nadie que no repita con convicción y entusiasmo este mantra logrará prosperar.

Este planteamiento fue asumido por la élite de entonces, las clases letradas y grupos sociales con aspiraciones políticas.

La sustitución de unas élites por otras tuvo el efecto de provocar el rechazo entonces a dos siglos de hegemonía española y consolidó el empeño en demostrar, contra toda evidencia que aquellos siglos fueron un desastre que la nueva administración borbónica era capaz de arreglar.

Lo cierto es que aquel rechazo a la gesta imperial de España ha perdurado en la clase intelectual de forma que ha llegado a nuestros días, en los que los intelectuales pertenecientes a la ideología hegemónica, no solo se manifiestan como enemigos de la época imperial, sino de la Historia de España en su conjunto, cuando no enemigos de la propia idea de España misma.

Es por eso por lo que, como paso previo a tratar sobre la Historia del imperio español, resulta muy conveniente que hagamos un esbozo breve de la Historia de España que estos intelectuales tanto desprecian.

La Historia de un pueblo define la esencia y el alma de ese pueblo. En nuestro caso, si se quiere atacar lo español, no hay camino más fácil que atacar su historia, tanto más si se cuenta con un instrumento tan eficaz como la llamada Leyenda Negra y contar con un ambiente hispanóphobo asentado a lo largo de los últimos siglos.

Como ya he expuesto anteriormente, resulta de pura lógica que todo poder hegemónico en cualquier época histórica dé lugar a la aparición de muchos y poderosos enemigos que traten de destruir ese poder. Lo que resulta incomprensible es que seamos los propios españoles los que interiorizamos hasta hacer propia, lo que no es sino propaganda del enemigo, y sea justo esta actitud la que otorgue el reconocimiento cultural a quien sostiene semejante posición.

La hegemonía de “lo políticamente correcto”, ha provocado que, en la enseñanza básica, la Historia de España resulte poco atractiva y, nada instructiva, cuando no directamente falseada, lo que ha tenido como consecuencia que la inmensa mayoría de los españoles se muestren indiferentes hacia su historia, haciéndose notar solo aquellos que la condenan, y siendo rechazados o silenciados quienes la defienden.

Nuestra historia coincide con la de cualquier otro país en que, junto a acciones gloriosas, se han producido actos de los que cabe incluso avergonzarse. Sin embargo, si escuchamos a nuestras élites intelectuales, tal parece que de nuestra historia solo cabe abochornarse y que deberíamos pedir perdón, aunque según ellos no lo merezcamos.

Lo cierto, es que, para ser justos, como ya he tenido ocasión de exponer en mi libro *Las élites y el arte de la impostura* (de editorial EAS), debemos proclamar que la Historia de España, no es que sea tan digna como la de cualquier otro país, no es que nuestra historia pueda compararse a cualquiera otra de los países de nuestro entorno e incluso del mundo, sino que, sin duda de ninguna clase, podemos sostener sin complejos que la Historia de España, comparada con la de cualquier otra nación, es única, irrepetible e inimitable; es asombrosa, increíble e incomparable.

Otros pueblos han escrito páginas únicas alcanzando las más altas cimas de la gloria, pero ningún pueblo ha protagonizado una historia que en conjunto pueda aproximarse a la Historia de España.

Cabría pensar que difícilmente puede encontrarse una regla válida para comparar la historia de un pueblo con la de otro, dado que resulta evidente que cada comunidad vive y supera las circunstancias a que se ve sometida como mejor puede. Sin embargo, si en lugar de poner atención en conocer cómo vive cada comunidad los acontecimientos a los que se ve sometida, somos capaces de analizar hasta qué punto los hechos y actos que un pueblo protagoniza a lo largo del tiempo, no solo le benefician a la comunidad que los protagoniza, sino que benefician a la humanidad y construyen el mundo, tal vez hayamos dado con un rasero que permita comparar la historia de un pueblo con la de otro.

Pues bien, si la comparación se establece en base a la capacidad de un pueblo para construir el mundo, no solo en el presente, sino para el futuro, cabe decir que uno solo de los muchos acontecimientos importantes vividos por los españoles ya situaría nuestra historia entre las más destacadas. El conjunto de ellos, la convierten en única e inigualable.

España ha construido el mundo, y especialmente Occidental y como lo conocemos.

Occidente se ha construido sobre la base cultural del cristianismo, a través del que hemos recibido la herencia de Grecia y Roma.

Cabe sostener que la expansión de este se ha realizado en tres de sus versiones: por España en la versión católica, por Inglaterra, en su versión protestante y por Rusia en versión ortodoxa, llevándolo hasta Vladivostok, en el Pacífico, frente a las costas de Japón.

En el caso de Inglaterra, la creación de las colonias norteamericanas y Canadá supone su aportación, no siendo menor su protagonismo en la creación de un imperio colonial que la situó como primera potencia mundial, sobre todo en el siglo XIX.

No obstante, en América, el protagonismo en la construcción de Occidente en aquellas tierras correspondió a esas colonias, convertidas en los Estados Unidos que hicieron el trabajo de extender la cultura occidental desde el Atlántico hasta el Pacífico.

En otros lugares que han formado parte del Imperio Británico, Occidente como tal no ha sido construido, y a lo más que ha llegado Gran Bretaña es a dejar cierta influencia de nuestra cultura. Baste como ejemplo la India de la que no podemos decir que sea un país occidental

En el caso de Rusia, podemos comprobar cómo extendió la cultura cristiana por Asia hasta el Pacífico, pero si observamos la cuestión con detenimiento, podemos llegar a la conclusión de que no hizo otra cosa que ampliar sus límites geográficos y cuanto hizo redundó en su propio interés y provecho al crear el gran imperio territorial que es hoy en día.

España, tras desaparecer como entidad cristiana y occidental, tras la invasión musulmana del año 711, hace algo que ninguna otra nación ha logrado a lo largo de la historia, y que no es sino recuperarse a sí misma para la cristiandad.

No rendirse, luchar para volver a ponerse en pie no solo resultó transcendental para la propia España, sino que como más adelante explicaré significó que Europa pudiera seguir existiendo para mantener su cultura cristiana y occidental.

No es arriesgado sostener que, incluso la Iglesia católica tal como es, en su dimensión territorial, existe gracias al esfuerzo de España pues sin él, el catolicismo no abarcaría más que a Francia, Italia, sur de Alemania, Polonia, Irlanda y la península ibérica.

Terminada la Reconquista, España descubre América. Solo este hecho de por sí justificaría la historia de cualquier país y la situaría en un primer rango de importancia.

Comienza entonces una de las gestas más grandes jamás realizadas por la humanidad.

Ya la situación geográfica de España resulta especialmente singular, pues situada en el extremo occidental del Mediterráneo, separa a este del Atlántico. Puente entre África y Europa, su forma de península la hace estar rodeada de agua por todas partes, lo que hace que se la perciba desde la más remota antigüedad como una tierra abierta a todos los mares. Siendo una península, el istmo que la une al continente resulta ser una

cadena montañosa que en lugar de darle acceso más bien la separa, dándole cierto carácter de isla sin serlo.

El territorio así delimitado ha hecho que desde siempre este se perciba como una unidad, tal y como dejó escrito Apiano de Alejandría, en el siglo II de nuestra era, en su obra Historia Romana, en el volumen VI dedicado a la conquista de Hispania, con la frase: “*El tamaño de Hispania es grande e increíble para tratarse de un solo país*”.

Hace muchos años cuando se enseñaba Historia de España en los colegios, se explicaba algo que puede parecernos un poco exagerado, pero que, si se comprueba sobre un mapamundi, no deja de ser cierto. Se enseñaba entonces que España estaba situada en el centro del mundo, por la gracia de Dios, pues limitaba al Norte con Europa, al Sur con África, al Este con Asia, y al Oeste con América.

Sea como fuere, de lo que no cabe duda es de que nuestra situación geográfica ha determinado nuestro destino histórico.

Ya en la antigüedad remota, en el Sudoeste de la península se desarrolló una de las civilizaciones más antiguas del Mediterráneo. Me refiero a Tartessos, de cuya existencia quedó constancia en la propia Biblia debido a la importancia que entonces tenía aquella civilización del extremo oeste del mar para el comercio de metales con el reino de Salomón.

Durante las Guerras Púnicas libradas entre Roma y Cartago por el dominio del Mediterráneo occidental, a partir del siglo III a. C., la península ibérica tuvo un papel muy relevante.

Tras su conquista por Roma, pasó a ser conocida como Hispania siendo una de las partes más apreciadas del Imperio, por su riqueza agrícola y minera, que con el tiempo llegó a aportar varios emperadores y multitud de intelectuales.

Cuando el Imperio romano occidental cayó a finales del siglo V, la presencia visigótica se consolidó como un reino cris-

tiano que, tras su conversión al catolicismo y su obra jurídica, dio lugar a una idea de comunidad con identidad propia que se anticipó en mucho a otros entes políticos que surgirían más adelante.

Pero es a partir del año 711 cuando la Historia de España se convierte en única. El reino visigótico sucumbe ante la invasión musulmana proveniente del norte de África. El reino cristiano se pierde y comienza un proceso de islamización que pareció entonces como irreversible, en lo que pasó a convertirse en un emirato más.

La invasión de la península fue total. Para los nuevos conquistadores, lo ocurrido en Covadonga en el año 722 no pasó de ser un incidente irrelevante, una escaramuza protagonizada por un insignificante grupo de rebeldes de los que no mereció la pena ocuparse de inmediato, dando por sentado que serían sometidos y se les haría desaparecer más adelante.

La conquista musulmana de la península no constituyó un hecho aislado ya que formaba parte de la rápida expansión del islam hacia Occidente que pretendía la invasión de Europa.

Esta expansión fue frenada por Carlos Martel, el abuelo de Carlo Magno, en el año 732 en la batalla de Poitiers

Este revés no habría resultado definitivo, pues nada les habría impedido intentarlo nuevamente hasta conseguir su propósito de convertir a Europa en parte del islam. Sin embargo, ocurrió que en 739, diecisiete años después de Covadonga, Alfonso I fue coronado rey de Asturias, y sucedió que, en 741, tras un periodo de pésimas cosechas se produjo una rebelión de los bereberes que abandonaron Galicia y Astorga. Entonces, los cristianos que habitaban al norte del Duero abandonaron la zona y se refugiaron en tierras asturianas dejando una franja desértica e inhabitada. Posteriormente ese exceso de población en el norte impulsaría a la ocupación de tierras abandonadas

del sur, lo que dio inicio al largo proceso conocido como la Reconquista.

En cuanto a un nuevo intento de invasión al norte de los Pirineos, este se hizo por completo imposible pues a ningún estratega se le ocurriría dejar a retaguardia un reino hostil. Esta pausa resultó providencial para la cristiandad ya que dio tiempo a que apareciese una figura tan trascendental como Carlo Magno.

En el 759 la Galia Septimania, al sur de Francia, que había pertenecido al reino visigodo y que fue conquistada por los invasores islámicos, fue recuperada por los francos, y en 779 el gran rey franco creó la Marca Hispánica al sur de los Pirineos. Nunca más fue posible una nueva invasión musulmana desde el sur.

El reino carolingio se revitalizó culturalmente con aportaciones de Inglaterra, Irlanda, Italia y refugiados de la Spania visigoda que dio lugar al renacer de la nueva cultura occidental, por lo que los límites del islam pasaron a marcar los límites de Occidente, estableciéndose la frontera suroeste de esta civilización en la península ibérica.

En palabras de Stanley G. Payne: *“Durante mil años, España, bisagra de la que dependía Europa, siguió ocupando un espacio central en el «diálogo polémico» entre Occidente y el mundo musulmán”*.

La Reconquista, por sí sola, constituye una hazaña épica de tal dimensión que definiría a la Historia de España como de única y diferente.

Presenta además la singularidad de que nunca otro territorio conquistado por el islam, e islamizado durante cientos de años, habiendo transformado a la población en miembros de la nueva cultura, siglos después esa misma población y ese mismo territorio sean recuperados por los escasos supervivientes

de la cultura original que, imponiéndose a los invasores, son capaces de triunfar sobre la cultura atacante para restablecer la religión primera.

España bajo el islam dio lugar a un fenómeno sin parangón que fue el de poder asumir como propias dos historias diferentes bajo dos culturas y religiones diametralmente opuestas y enfrentadas. Dado que la Historia no es otra cosa que la sucesión de hechos, a lo largo del tiempo, producidos o que afectan a una población que habita un territorio, fue historia de quienes habitaban el territorio de lo que hoy es España, tanto la historia de los reinos cristianos como la de Al-Ándalus.

Ni la invasión musulmana, ni la posterior Reconquista supusieron el desplazamiento, la aniquilación, o la expulsión de la población del territorio que ocupaba. Lo que ocurrió fue que una minoría triunfante la sometió y con el tiempo impuso una nueva cultura y religión. Es cierto que se produjeron desplazamientos en uno y otro sentido, pero la gran base demográfica permaneció en el lugar donde vivía, y en ningún caso salió de la península.

Eso significa que tan españoles eran los cristianos como los que se fueron convirtiendo al islam y los que, estando islamiados, después fueron convirtiéndose al cristianismo según avanzaba la Reconquista, por lo que tan Historia de España es la de los reinos cristianos de la Edad Media, como la historia de Al-Ándalus. Los logros de esta son los logros de los españoles convertidos al islam.

Podría argumentarse que el ejército invasor era una fuerza extranjera con un origen étnico bien distinto al hispanorromano peninsular, en la que se integraban árabes, yemeníes, sirios y bereberes del norte de África.

Es cierto, pero debemos tener en cuenta que la primera ola de invasión no pasó de traer a la península un contingente su-

perior a treinta y un mil hombres, que llegaron sin mujeres y se quedaron. Es sabido que la nobleza árabe, siria y yemení, enseguida emparentó con la aristocracia visigoda y que sus hijos fueron medio hispanos, y sus nietos lo fueron en tres cuartas partes. Igual ocurrió con los invasores que no pertenecían a la nobleza, que tuvieron descendencia con mujeres hispanas. Pasado no mucho tiempo bien podía decirse que biológicamente todos eran españoles, solo que islamizados, pues aquellos recién llegados pronto quedaron diluidos entre los cuatro millones de nativos que componían la población autóctona.

Esto es tan así que, aunque resulte muy curioso y quizás chocante, podemos afirmar con toda rotundidad que el gran Califa de Córdoba Abderramán III era vasco.

Veamos, su madre, Muzna, era vasca, su abuela, Onecca, era navarra, y su bisabuela Ushar, también era vasca. Así que, suponiendo, lo que es mucho suponer, que su bisabuelo, Mohammed I, fuese árabe puro, Abderramán III era hispano en siete de ocho partes, o lo que es lo mismo en un ochenta y ocho por ciento.

Abundando en el personaje, cabe decir que su abuela Onecca era hija de Fortún Garces, nieta de García Íñiguez y bisnieta del gran Íñigo Arista, fundador de la monarquía navarra. Así que resulta que Abderraman III era descendiente del primer rey navarro, de modo que por muy exótico que nos parezca el personaje, más español era difícil ser.

De esta forma la historia del califato forma parte de nuestra historia, resultando que ese fue, sin comparación, uno de los momentos más brillantes de la cultura y la civilización humana.

El peligro de invasión islámica de Europa, si bien cada vez más remoto, terminó definitivamente con el triunfo de las armas cristianas en la batalla de Las Navas de Tolosa en 1212.

Finaliza la Reconquista con la toma de Granada por los Reyes Católicos en el año 1492, y crean el primer Estado moderno. No es el único modelo institucional que España aporta al mundo, porque ya en 1188 se reúnen Cortes en León, siendo el testimonio más antiguo del sistema parlamentario europeo, al reunir a los tres estamentos.

A lo largo de la Reconquista, España había asumido un importante protagonismo en el mundo del que, por no extenderme, puedo poner algunos ejemplos casi tomados al azar: Aragón, a lo largo de los siglos XIII, XIV y XV, extiende su dominio sobre las Baleares, Sicilia, Cerdeña, Nápoles y ducados de Atenas y Neopatria en Grecia; en el año 1257, Alfonso X el Sabio fue nombrado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico; por otro lado, los reinos cristianos peninsulares tuvieron una relación destacada con Francia e Inglaterra durante la Guerra de los Cien Años, relaciones que se estrecharon hasta el punto de que como muestra podemos afirmar que Isabel la Católica tenía ascendencia Lancaster. Otro ejemplo más es el de la significativa influencia que tienen los clérigos hispanos en la curia romana, a partir del siglo XIV.

Lo narrado hasta aquí haría nuestra historia única y especial, y sin embargo no había hecho sino empezar.

El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón descubre América.

Este descubrimiento da a conocer la existencia de un nuevo continente y las verdaderas dimensiones del mundo que habitamos. La importancia de tal hallazgo incluso hoy resulta difícil de abarcar en su verdadera trascendencia. Todo un continente cuya geografía se extiende desde el Polo Norte, al Polo Sur, aparece como de la nada para cambiar definitivamente el mundo y construirlo en lo que hoy es. Como dijo Charles Lummis: *“El honor de dar América al mundo pertenece a Es-*

pañã; no solamente el honor del descubrimiento, sino el de una exploraci3n que dur3 varios siglos y que ninguna otra naci3n ha igualado en regi3n alguna". Se trata de una gesta fascinante a la que los historiadores no han hecho a3n verdadera justicia.

Entre los siglos XV y XIX, la Monarquía Hispánica puso en pie una de las mayores y más complejas construcciones políticas que la historia ha conocido nunca. Debería ser suficiente con decir que llegó a abarcar desde Alaska al Estrecho de Magallanes, y desde Nápoles a Manila, ciudades a las que separan veintiséis mil quinientos kilómetros de distancia, tomando la medida de este a oeste, llegando a integrar una superficie superior a los quince millones de kilómetros cuadrados, sin contar las dimensiones de los mares que implican esos territorios. Para hacernos una idea, baste decir que la India tiene una superficie de tres millones ochocientos mil kilómetros cuadrados. El propio Océano Pacífico llegó a conocerse como el lago español.

A partir de aquí, nada parece tener cabida en nuestra historia que no sea grandioso, único, inigualable y sorprendente.

El proceso de descubrimiento y conquista se produce en tan pocos años que cuesta trabajo creerlo.

Entre 1492 y 1513 se descubren y exploran las grandes islas de las Antillas.

Desde 1498, Col3n desembarca en varios puntos del continente y descubre la desembocadura del Orinoco. En 1502, en su cuarto viaje, llega a la costa centro americana y descubre Honduras y Panamá.

Entre 1503 y 1513, mediante el establecimiento de compañías comerciales y el apoyo financiero de la Corona o de banqueros extranjeros, se organizan una serie de viajes menores protagonizados por Alonso de Ojeda, Américo Vespucio, Juan de la Cosa, Alonso Niño, y otros. Estos exploradores recorren desde el Brasil hasta las grandes Antillas, pasando por Trini-

dad, Venezuela, Colombia, Panamá, y las desembocaduras del Amazonas y del Orinoco.

En 1513, Vasco Núñez de Balboa, cruza el istmo de Panamá y descubre el Océano Pacífico.

En 1515 se producen las expediciones de Juan Díaz Solís por las costas uruguayas y el Río de la Plata, buscando el paso hacia el océano Pacífico.

En fecha tan temprana como 1519 y hasta 1522, tiene lugar una de las más gloriosas y espectaculares gestas de la historia de la humanidad, pues Fernando de Magallanes, portugués al servicio de Castilla, alcanza las islas de las especias navegando hacia occidente. La nave Victoria, única superviviente de los cinco navíos con los que se inició la expedición, al mando de Juan Sebastián El Cano, regresa a Sevilla, a través del Índico y bordeando África, con lo que quedó demostrado que la tierra es una esfera. De esta manera, el mundo tomó conocimiento práctico de la forma y la verdadera dimensión de nuestro planeta.

Hernán Cortés inicia su gran epopeya en 1519, cuando al frente de 400 hombres, 15 caballos y 6 piezas de artillería, fue capaz, gracias a sus dotes militares y diplomáticas, de ponerse al frente de 80.000 nativos y conquistar el Imperio Azteca, sometiendo su capital, Tenochtitlán, en agosto de 1521.

Un año antes, el nuevo rey, Carlos I de España, hijo de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, nieto de los Reyes Católicos había sido nombrado emperador de Alemania, como Carlos V. El nuevo emperador vio cómo su herencia materna le aportaba un nuevo imperio al otro lado del océano.

Las gestas increíbles en aquellos años se convertían en lo habitual, así que por si fuese escasa la hazaña de Cortés, en el año 1533, Francisco Pizarro tomó Cuzco y aportó otro nuevo imperio, esta vez el Imperio Inca a su señor.

La expedición la había iniciado Pizarro en 1531, acompañado de Diego de Almagro y Hernando Luque. Almagro por su parte iniciará la penetración en Chile, que será continuada en 1540 por Pedro de Valdivia que funda Santiago en 1541.

En 1536, Pedro de Mendoza funda Buenos Aires.

Entre 1536 y 1572 Gonzalo Jiménez de Quesada capitanea la expedición de conquista de Nueva Granada, Colombia, y en 1538 funda Santa Fe de Bogotá.

En 1540, Coronado explora Nuevo México, Arizona y Kansas.

En 1560, Avilés de Menéndez funda en la Florida la ciudad de San Agustín, que será la más antigua de las ciudades de los futuros Estados Unidos.

Alrededor de ese año puede darse por finalizada la fase de conquista, y se inicia la fase de colonización.

Podría pensarse que el impresionante esfuerzo de la gesta americana absorbería todas las energías disponibles, y los escasos recursos con los que se podía contar en aquel tiempo, pero mientras tanto y hasta su muerte en 1515, Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido como el Gran Capitán, cuya organización del ejército dio lugar a lo que más tarde serían los tercios que fueron invencibles durante ciento cincuenta años, realizó en Nápoles dos triunfantes campañas que dieron el dominio del reino a la corona de Aragón.

En 1525, cayó prisionero del rey Carlos, Francisco I de Francia, tras ser derrotado en la batalla de Pavía. Al año siguiente será liberado, y como consecuencia del Tratado de Madrid, el rey francés entregará la Borgoña y renunciará a toda reclamación sobre el reino de Nápoles.

En 1540, el rey Carlos se anexiona el Ducado de Milán, haciendo duque de este a su hijo y heredero Felipe.